

Expedición Imperial Transantártica

El Endurance

Era un hecho ajeno a la guerra que recién comenzaba en Europa. Como acontecimiento obligaba a otro tipo de lucha, más silenciosa, más honorable, contra las asperezas del mundo natural, bien conocida por Ernest Shackleton, quien lideraba la *Expedición imperial transantártica*. Sus hombres intentarían ser los primeros en atravesar el continente antártico de costa a costa, desde el mar de Weddell al mar de Ross, y por el punto que define al polo sur. Eran los últimos días del mes de octubre de 1914. Zarpó de Buenos Aires con la proa de su buque, el *Endurance*, primero hacia las Georgias y más tarde hacia el mar de Weddell. Sin embargo, y a pesar del entusiasmo, la suerte no lo acompañaría.

Era verano, pero uno particularmente cruel, el mar se congelaba y el *Endurance* quedó atrapado en una banquisa de hielo condenado a un lento pero inevitable naufragio. Con el barco inmovilizado y sentenciado, no

El Endurance, atrapado en los hielos.





era razonable ocupar el pensamiento en un imposible cruce antártico, debía renunciar a ello. Shackleton supo cual debía ser su nuevo y único objetivo: no morir, sobrevivir en un campamento sobre el hielo flotante para que su movimiento sobre las aguas les permitiese llegar a tierra firme. Se prometió triunfar, ninguno de los veintisiete hombres de su tripulación debía concluir sus días allí, en la más severa soledad.

Tras meses en las frías aguas de los mares del sur, la plataforma helada se quebró y por ello debieron abandonarla para buscar refugio navegando en los tres pequeños botes, de poco más de seis metros de eslora, que rescataron del *Endurance*. No podrían resistir mucho, habían pasado demasiado tiempo en condiciones extremas y las últimas fuerzas parecían desvanecerse. Sin embargo, su resistencia fue suficiente como para permitirles llegar y desembarcar en la isla Elefante.

Intentos por liberar al barco en el Mar de Weddell.



El paisaje era desolador, marcado por la dureza de un suelo rocoso que era incapaz de dar sentido y aliento a la existencia de hombres extenuados y heridos por el frío. Shackleton sabía que era imposible permanecer mucho tiempo en un lugar tan inhóspito y decidió un arriesgado viaje cuya posibilidad sólo era imaginable en las extremas condiciones de la yerma y gélida imagen que ofrecía aquella ruda isla. Acondicionaron uno de los botes, el *James Caird*, para una travesía de más de mil cuatrocientos kilómetros en uno de los mares más difíciles del planeta, con un temperatura inferior a los veinte grados bajo cero y con la certeza de que un mínimo error en el curso los llevaría a la deriva, lejos de las costas de las islas Georgias.

La travesía

El 24 de abril de 1916, veintidós desajustadas siluetas se esforzaban por despedir con esperanzada convicción a la pequeña embarcación con la cual Shackleton, el capitán Worsley, el carpintero Mc Niesh, Tom Crean, Tim McCarthy y John Vincent intentarían llegar a la estación ballenera de Stromness.

En el mar, los bloques de hielo amenazan a la pequeña embarcación y comprimen la mirada de los navegantes. La ansiedad de los seis hombres se expande

Despidiendo al James Caird desde la costa.



hacia el horizonte mientras sus corazones palpitan por lo absurdo de su travesía. Saben de las pocas probabilidades que tienen de mantenerse a flote pero, con la misma certeza, afirman su decisión de navegar para esquivar a la muerte, porque no son libres, están encadenados a quienes se debieron quedar en la agónica soledad de una perdida roca de la geografía antártica a la espera de un salvador regreso.

Diecisiete días más tarde, los cautivos habitantes de la isla Elefante no lo saben, ocurre lo improbable y el James Caird llega a las costas de la isla Georgia del sur. Sin embargo, para los extenuados viajeros el drama no concluye porque aún deben atravesar heladas tierras inexploradas. Sin tiempo para el descanso, con la advertencia sobre el escaso valor de su viaje si no logran dar el último paso, con el reflejo de la muerte en suelo antártico del capitán Robert Falcon Scott a tan sólo diecinueve kilómetros de un depósito de suministros, Shackleton, Worsley y Crean inician la caminata por la *terra incognita*.

El Aurora

El *Aurora* constituía la mitad silenciosa de la empresa transantártica. Los hombres de su tripulación tenían la función de colocar víveres en la parte final de la ruta que debía transitar el grupo de Shackleton. El barco, fondeado en el cabo Evans, daba cada día una particular pelea contra las embravecidas aguas del mar de Ross.



El Endurance definitivamente condenado al hundimiento.



Anuncio de Shackleton convocando a voluntarios para formar su tripulación:

“Se buscan hombres para un viaje peligroso. Sueldo bajo. Frío extremo. Largos meses de absoluta oscuridad. Peligro constante. No hay seguridad de volver con vida. Honor y reconocimiento en caso de éxito.”

Se sostuvo durante un tiempo extenso pero finalmente fue derrotado. En mayo de 1915 sus amarras cedieron quedando a la deriva y dejando aislados a los diez hombres que habían desembarcado con la función de colocar las estaciones con suministros. Sin contar con provisiones fundamentales – vestimenta, combustible y alimentos–, porque quedaron en el *Aurora*, y sin imaginar la posibilidad de un rescate, el pequeño grupo debía prepararse para una difícil invernada en los hielos antárticos. Amenazados por el escorbuto, el congelamiento, la ceguera y a veces la desesperación, los hombres que formaban parte del llamado grupo del Mar de Ross iniciaron, a pesar de las dificultades, los trabajos para constituir los depósitos de provisiones sin los cuales los hombres provenientes desde el mar de Wedell, y que debían lograr el cruce del continente antártico, no podrían sobrevivir. Con muda eficiencia y convicción, contra el clima y los dolores que la naturaleza hostil del polo les impuso, aceptando los riesgos de la muerte que finalmente alcanzará a Arnold Spencer-Smith, a Victor Hayward y al comandante Aeneas Mackintosh, cumplieron con el trabajo que resultó inútil, porque Shackleton atrapado en el otro extremo, en el hielo del mar de Wedell, jamás iniciará la travesía por las tierras antárticas.

Partida del James Caird hacia las Islas Georgias.



La base Stromness

–Adelante, adelante tal la invitación del Sr. Sorlle, administrador de la estación ballenera en la Georgia. Shackleton sabe que ha logrado lo imposible al cruzar la isla. Sabe, además, que está a un paso de salvar a todos sus hombres varados en la isla Elefante. Sin embargo, lo asalta otra preocupación:

–Dígame, ¿cuándo terminó la guerra?

–La guerra no terminó. Están muriendo millones de personas. En Europa se han vuelto locos. El mundo está fuera de sus cabales. Ante la inevitable inquietud sobre el resultado de las batallas, sobre el deseo de saber quién gana, el capataz responde, –el que quede vivo.

Era hora de iniciar las tareas de rescate.





Sir Ernest Shackleton.

El rescate

Les quedaba carne de foca y de pingüino para dos días, hecho que en otro momento no habría sido particularmente preocupante porque estaban acostumbrados a cierta desesperada rutina desde que el *James Caird* se había perdido en el horizonte, hacía ya unos cuatro meses. Pero esta vez, una fantasmal ausencia de nuevos animales para cazar les indicaba que se acercaba el final. Aún eran veintidós, nadie había muerto, pero los cuidados de los médicos McIlroy y Macklin eran cada vez más ineficaces para borrar de los cuerpos las dolorosas marcas del aislamiento en la difícil naturaleza antártica. ¿Cómo seguir sosteniendo la esperanza de un rescate después de tanto tiempo, con la insoportable y repetida comida a punto de agotarse? Ni siquiera tenían la certeza de que Shackleton hubiese llegado a algún lugar. Pero era el 30 de agosto y en el horizonte, el vapor chileno *Yelcho* revelaba su inesperada silueta para darle forma a las fantasías con las que alimentaron su imaginación y que incluían, “cualquier viejo budín que fuese lo suficientemente grande”, “roscas con mermelada” o “un enorme omelette”.

Era el final. Shackleton observó desde la cubierta del barco a las figuras que alguna vez lo despidieron. Estaban

todos. Había cumplido con el objetivo que el hundimiento del *Endurance* le impusiese a su conciencia: nadie debía morir. Sin embargo, el regreso a Europa cuestionaría su logro porque no trajo para los integrantes de la expedición transantártica, los del buque *Aurora*, a los que rescató más tarde, ni a los del *Endurance*, el gozo corriente de una variada comida sino la impiedad de una guerra en la cual algunos encontrarían la muerte.



*Momento del rescate de la tripulación varada en Isla Elefante.
Sobre el horizonte, el vapor **Yelcho**.*

En las consideraciones finales sobre el inalcanzado cruce antártico, Shackleton comentó: “Si tomo la expedición como una unidad de cincuenta y seis hombres murieron tres en la Antártida, tres cayeron en acción y cinco fueron heridos, de modo que nuestras bajas han sido bastante altas”. Además, en la dedicatoria que escribiera para su obra *Sur*, crónica de su última aventura en el mundo polar, se lee:

A mis camaradas que cayeron en la guerra blanca del sur y en el campo rojo de Flandes y Francia.

Pero la del sur no fue una guerra, fue un acto por la supervivencia de hombres perdidos que intentaban erguirse contra los golpes del mundo natural, contra el congelamiento, contra la soledad y la desesperación. Aunque significó la muerte para algunos, lo sucedido en el blanco mundo de la Antártida no fue una conflagración, porque quienes intentaban mantener su vida buscando el regreso no estaban obligados a matar, ni a dejarse morir de manera torpe y, por ello, doblemente dolorosa. La muerte en el rojo campo de Flandes (Bélgica) y de Francia no debió ocurrir, porque aunque todos hemos de morir, la forma en la que estamos dispuestos a hacerlo o la manera en la que se nos impone, le da o le quita dignidad y belleza a la vida y no solo a la propia.

